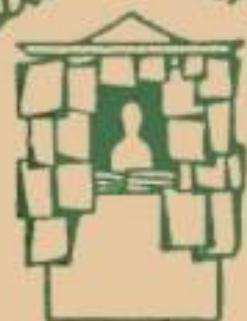
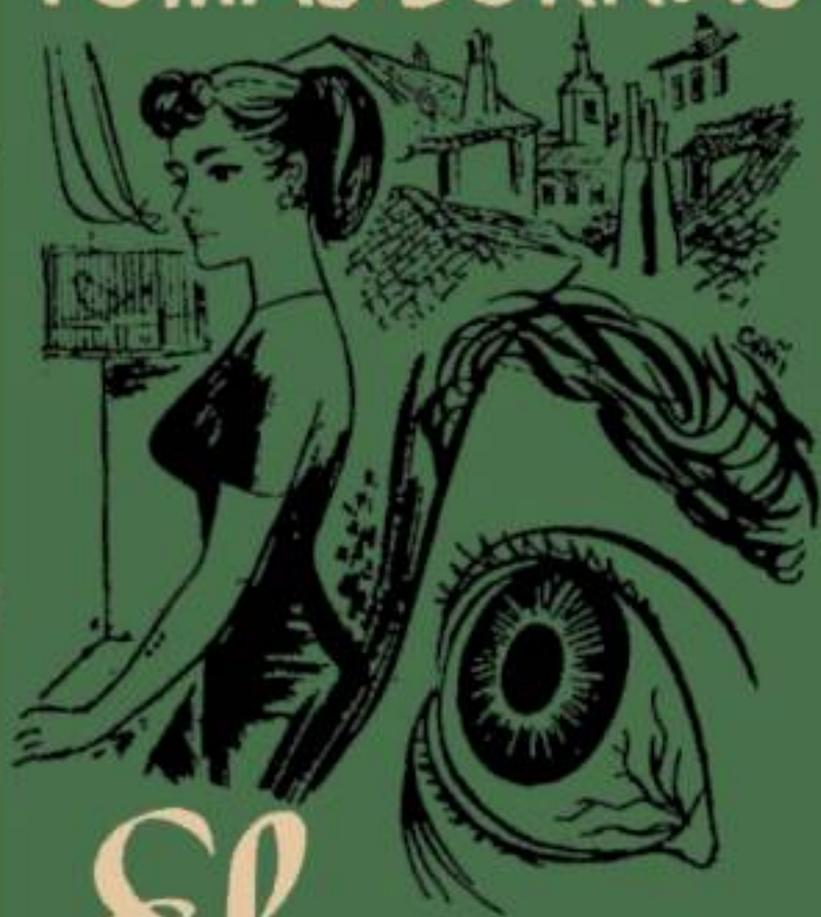


TOMÁS BORRÁS

LA NOVELA



del SÁBADO



El
sainete
triste

N.º 51

La novela traza una panorámica de las gentes madrileñas, sus estrecheces y sus apuros económicos.

De entre estas gentes destaca Piernavieja, individuo que captura perros y después, cuando los dueños ponen un anuncio para localizarlos, los entrega y cobra la gratificación.

GRAN MUNDO

LA MAS LUJOSA
DE LAS REVISTAS ESPAÑOLAS

Dirigida por
AGUSTIN DE FIGUEROA

PROXIMAMENTE EL
NUMERO DE VERANO

PRECIO DEL EJEMPLAR: 30 PESETAS



PEDIDOS A ESPEJO, NUM. 6. MADRID

A LOURDES

EN AUTOPULLMAN
SALIDA EL DIA 1.º DE CADA MES

Cinco días de viaje.

VISITANDO:

BURGOS, SAN SEBASTIAN,
LOURDES, CANFRAC Y ZARAGOZA
REGRESO A MADRID

ORGANIZADO POR:

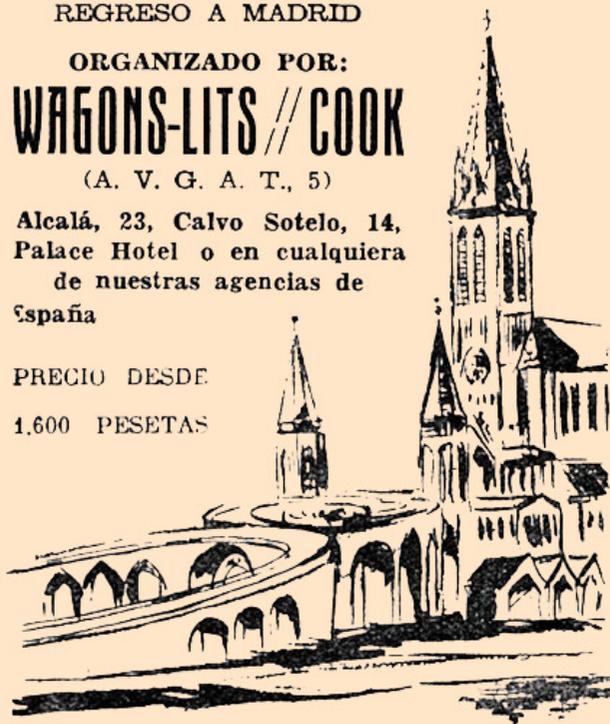
WAGONS-LITS // COOK

(A. V. G. A. T., 5)

Alcalá, 23, Calvo Sotelo, 14,
Palace Hotel o en cualquiera
de nuestras agencias de
España

PRECIO DESDE

1.600 PESETAS



S E M A N A

la revista española más conocida en el extranjero.

S E M A N A

que aumenta sus páginas y no su precio.

S E M A N A

que no deja de informar a sus lectores de todo cuanto pasa en España y fuera de ella.

S E M A N A

la revista que se mantiene siete días en manos de sus lectores.

Redacción y Administración:
PASEO ONESIMO REDONDO, 26.

Teléfonos: 22 28 90 - 22 28 97 - 22 28 98.

Se admiten suscripciones y encargos:
Teléfono 22 42 90.

PROXIMO NUMERO

52. **Teresa Ferrer.**—Rafael Aznar.

ULTIMOS NUMEROS PUBLICADOS

26. **Memorias de un caza-dotes.**—Francisco García Pavón.
 27. **Flora.**—Elizabeth Mulder.
 28. **Cómo se casó Brañanova.**—A. Palacio Valdés.
 29. **¡Bienvenido, Mister Marshall!**—Bardem, Berlanga y Mihura.
 30. **Historia de "Farol".**—Carmen Nonell.
 31. **La niña de la calle del Arenal.**—Edgar Neville.
 32. **Un caballero desconocido.**—Eduardo Marquina.
 33. **El secreto.**—Mercedes Fórnica.
 34. **Dos corazones con ruedas.**—Juan A. Cabezas.
 35. **La otra ciudad.**—Elena Quiroga.
 36. **Los mejores cuentos de Navidad.**
 37. **El fin del mundo.**—J. A. Giménez Arnáu.
 38. **Lluvia de arena.**—Claudio de la Torre.
 39. **Los últimos de Filipinas.**—Enrique Llovet.
 40. **La gorriona.**—Padre Luis Coloma.
 41. **El vagabundo.**—Ramón Ledesma Miranda.
 42. **Martín Nadie.**—C. Fernández Luna.
 43. **La guerra de Dios.**—Vicente Escrivá.
 44. **Eclipse de Tierra.**—Mercedes Ballesteros.
 45. **Pipo perro.**—Antonio Pérez Sánchez.
 46. **El buen Sancho.**—Azorín.
 47. **Alejandra y Carlino.**—César González-Ruano.
 48. **El Mercado.**—Ignacio de Aldecoa.
 49. **El viaje divertido.**—Carmen Laforet.
 50. **La madrastra.**—Alfonso Hernández Catá.

Tarifa de suscripción a "La Novela del Sábado":

A 12 números	68 pesetas.
A 25 "	138 "
A 52 "	282 "

Puede remitirse su importe a LA NOVELA DEL SABADO, Ediciones Cid, Desengaño, 9, Madrid. Teléfono 31 05 12, y a cualquier sucursal del Banco Español de Crédito, con destino a la cuenta de LA NOVELA DEL SABADO, en la Central de Madrid.

I

Entraba la primera luz y, sin hacer ruido, se levantó del jergón de borra tirado en los baldosines para ir a mirarse al cacho de espejo puesto entre cuatro clavos en la pared. «¡Este hombre tiene la “ñú!”». Debía de ser su gesto. Si que era triste su gesto, caído el rostro, desfalleciente, y aquella mirada pálida, sin luces: expresión de empapado en luto de alma. Sí, tenía la «ñú», y su mujer, que se lo recriminaba, ensañándose, Vengándose de ser su esposa, definiéndole como sonámbulo o como muerto que vive, rotuló con acierto su estampa melancólica. ¿Y qué culpa tenía él?

Se oían pasos en la calle, carraspear de los que iban al tajo, albañiles, cerrajeros que —él los veía con los ojos de la costumbre—, hundían la nariz en la bufanda, de la que salía fino hálito de respiración. Él, dobló el jergón en bulto con las sábanas y la manta y a duras penas lo puso tieso a la pared. Al vestirse, ya en la alcobita bisbiseaban y se rebullían, despiertas, su mujer y su hija.

Salió tiritando, la capa, tan vieja, estaba en la tramilla; el Guadarrama, sorbiéndose el calor de Madrid para calentarse él; nevados allá, en azul desvaído de amanecer, Siete Picos, la Maliciosa, la Mujer muerta, coágulos de plata, reverberaban un sol de membrillo detrás del vaho de niebla. La calle de Almansa salía a su vivir también. «¡Buenos días!». «¿Híela, eh?». «No me hable, que estoy entumido». El vecindario charlaba de balcón a balcón, tan angosta era la calle, al levantar el cierre de la tienda, al airear la ropa de la alcoba volcada sobre la barandilla; las porteras, en las po-

casas de portera, barriendo con mucho meneo de brazos polvo de chismes de vecindad.

—... nos los dé Dios, señor Piernavieja.

El carnicero le echaba unos huesos en el lio de periódicos que le presentaba. En la tienda de comestibles, recordaduras de queso y una pella de manteca rancia. Tenía además tres señores, los de los hoteles raquíticos con verja de dos metros y su poco de jardincillo, acacia animosa que lucha por no secarse, ruedo de flores como un peluquín y la fila de arrayán; allí le dejaban —lo cogió nada más que meter la mano por la verja— rebuños de papel con desperdicios. En «Se hacen rebecas y se cogen puntos a las medias» ya estaba Feliche, relimpia, lustrosa la carita de facciones que ella acomodaba, como el peinado, el traje y el garbo, a la actriz de la pantalla en moda; ya estaba con las revistas de cine en el regazo, leyéndolas mientras trabajaba, adaptándose al estilo de la cinemática favorita del momento; curiosa chica-camaleón, que cambiaba de forma según las fotos de «la otra», de aquella «otra» que siempre era ella, nunca la misma; y nunca, tampoco, ella misma.

—Feli, hola chiquitina, ¿tienes algo?

—Nada más que chuletas... es un decir. Ayer era el santo de mi canario y en casa hubo cuchipanda.

Y se inclinó, y sonrió, y le miró como protagonista de la película italiana sonada —neorrealista para los críticos— a la que aquella semana le tocaba copiar. Mas, al fijarse en él, en el hombre que tomaba los restos de las chuletas, Feliche se reía, y se echaba hacia atrás —la media de nylon en la maquineta de coger puntos abandonada— tapándose el rostro.

—No es por usted, señor Piernavieja, es que me estoy acordando de una cosa que he leído de Mimí Lucila, ya sabe usted, la del «Ladrón en Nápoles». Resulta que fué a verla un rollista y la colocó un rollo...

Era por él, se reía, y era buena y educada, pero no podía resistir que al verle la cosquillease la comezón: por

aquel gesto suyo apagándose, mortecino, trasluciendo angustia, el hombre imaginaba a Feliche hacia dentro de la mercería diciéndole a la dueña:

—Este señor de Piernavieja es un bendito, pero cuando le veo me hace una gracia acordarme de que su mujer le dice que tiene la «ñú»...

II

En el solar del almacén de materiales daban fin al corrusco de pan y al tomate con aceite los dos chicos del señor Reveriano, que se llamaba a sí mismo «maestro de obra prima». Piernavieja le aconsejó esa denominación ilustre para su oficio de lezna y tirapié.

—Mi padre está a matar el gusanillo.

El muchacho era larguirucho, livor de anemia la piel, orejas despegadas. La niña, zamba, seis años que anunciaban poca estatura.

—¿Suelto a las fieras? —Tenía untado de tomate aceitoso el hociquito infantil.

Piernavieja se desembozó e hizo las particiones en el suelo. Cada puñado de sobras en un papel.

—¡Suéltalos ya!

Los perros, antes de dirigirse a la comida, saltaron, ladradores, alborozados hacia el hombre; le decían cosas naturales, intentaban lamer su rostro: de repente, un brinco, y devoraban los residuos, crujían los huesos entre sus mandíbulas, arrastraban con el hocico los papeles.

—La *Linda* —comentó la niña rebajuela— aúlla por la noche. El *Calcetines* ha regañado con el *Trosky*.

Los perros volvían al arrimo de Piernavieja, que los acariciaba.

—Es que *Linda* habrá estado en buena casa y echa de menos los mimos.

La perra era una lulú pomerania; el *Calcetines*, indefinible canelo, blanquísima la mitad inferior de las patas. Otros tres perros le olían, uno de ellos el *Trosky*, matón, como el *Calcetines*; los otros dos achicados, rabicaídos.

—¡Mi madre, qué chuchos! —El niño recogía los papeles, los tiraba a la calle por encima de la valla—. Diferentes de los nuestros.

—Son perros desgraciados, lo más desgraciado que hay en el mundo, un perro sin dueño, sin casa, perseguido...

Cerró los ojos Piernavieja. Una punzada dolorosa en el corazón cuando veía correr arrimados a las fachadas, desfavoridos, sarnosos, en ir y venir sin descanso ni rumbo, atacados a pedradas, a patadas, a pinchazos, los pobres perros que se quedaron sin su dios, sin amo, perdidos, martirizados por los golfos, apaleados si se arrimaban a buscar el amparo de una persona, moviendo la cola a la mirada compasiva, su único signo de lealtad, de sumisión y amor. Perros de la madrugada en soledad, que se sentían morir de hambre, perros del mediodía de agosto, la lengua fuera, reseca las fauces, turbios los ojos cegados por la agonía... Ninguna piedad para ellos, ni la caricia, que es la vida del perro y su alegría, ni siquiera la piedad, ni la tolerancia. De calle en calle, arreados, escupidos, en extenuación lenta, en mudo, implacable huir... Piernavieja era un perro vagabundo acosado por la crueldad de tantos desprecios y heridas como personas hay. La vida es un dédalo interminable de calles hostiles que azuzan a seguir, a no detenerse nunca en la ventura y en la paz, a no poder siquiera acercarse a humedecer el hocico en aquel charco, ni a comprobar si aquella piltrafa es comestible... y al final, caer, ya sin la defensa del único recurso de la fuga, para no levantarse más, en cualquier estercolero, pasto de moscas, pupi-

las ulceradas por el llanto... Él también era un perro sin esperanza... Abrió los ojos, acarició a los indecisos, a los más acobardados.

Piernavieja recogía perros callejeros, los quitaba los parásitos, curándoles las llagas, los daba de comer hasta que alguien le pedía un perro, para guardián, para la caza o por capricho. ¡Si hubiese quien le estimase y recogiera a él!...

III

¡Y era pobre, tan pobre, además de pobre hombre! Para poder alojar a los pocos perros que salvaba había tenido que hacerle la forzosa al señor Reveriano. El caso es que oía ladridos en el solar de la casilla del remendón, guardián del almacén de materiales. Vió entrar y salir perros llevados por los dos hijos del zapatero, canes bonitos, de raza, con atalaje y collar de postín y se puso al acecho. Descubrió la principal industria del señor Reveriano. Como si no se conocieran, los chiquillos iban delante, separados, con golosinas en los bolsillos, queso y carne, bolitas de azúcar; el padre detrás, saco al hombro. Tempranito, de las siete a las diez, o por la noche antes de cerrar los portales, bajaban las criadas de los barrios «pudientes», como Reveriano decía, a pasear al chuchó. Algunas menegildas tenían novio, otras se entraban en las tiendas o se reunían a despellejar a los amos en corrillos presididos por las porteras. Era la ocasión: los perros correteaban un poco, alejándose; Pepito y Manoli, les ofrecían bocaditos, llamándoles, suasorios, los perros se confiaban; detrás de una esquina el señor Reveriano abría su talego y sepultaba en él un perrillo, o ataba

al chucho, si era grandote, y a correr, y los niños a quedarse y encaminar por pistas falsas a los dueños o sirvientas.

Al otro día, investigación en los anuncios y a oír la radio. Allí constaba el clamor por el perro, sus señas, el sabroso «se gratificará», el domicilio. Presentábase el señor Reveriano con el animal querido, y su labia de «se lo encontró, un perro tan fino, estaba extraviado, él era muy amigo de los animales, comprendía el dolor de la sensible pérdida»... Algunas veces hasta le dieron billetes de a cien.

Por lo que Piernavieja, después de meditarlo en su jergón de pelote de borra, a ras del suelo, forzó su voluntad apática —¡la causa era importante!— y se desahogó en un mano a mano con el zapatero. El dilema era: «o le denuncio a usted, o me deja que en el solar recoja perros condenados a los laceros; elija». El señor Reveriano eligió ayudar a Piernavieja en su buena obra. Lo difícil fué que, para mantener a los canes, hubo de ir de tienda en tienda, de casa en casa, rogando relieves de mesa y desperdicios. Y en aquella calle de Almansa, ¿qué les iba a sobrar a las gentes? Sin embargo, levantándose al amanecer, encontraba en los sitios convenidos algo, todos los días algo, con que entretener el hambre de sus asilados. Y ya se había corrido la voz de que allí había perros gratis, y una vez un pastor, otra el guarda de una obra, otra una vieja sola por viuda, recurrían a Piernavieja, y él daba hogar a los desvalidos. Y a redimir otro, entonces, entre los esqueléticos del anda y anda, medios muertos de pavor y por las torturas... Y el señor Reveriano, contente, cuando lo pensó también, en su tabuco: «Si alguien viene o fisga lo que hago en combinación con la Manoli y Pepe, con decir que los perros son de Piernavieja, que los ha cogido por ahí, lo sabe todo el mundo, ¡pata!».

IV

Mujeres revejidas arrastraban su cuerpo, ¡las pesaba tanto!, hacia el bar donde hacían la limpieza de rodillas, como en penitencia; iban despacio, barcos medio hundidos. Los empleados del «Metro» bufaban, presurosos, hacia la boca del subterráneo. Acumulaban los traperos en montones tesoros de vidrios rotos, botes con trepanación de hojadelata, carbón quemado, tronchos, mondaduras; hebras de vegetales, cabelleras verdes de alguna dríada asesinada; las cajitas de cartón vacías; ceniza, vida perecedera; trapos sucios de sangre, tapones, colillas; lo que expulsa la ciudad una vez gastado. Golpazos violentos a las alfombrillas y al colchón, apaleados dentro de las alcobas. Algún pájaro pardo, ahuecada la pluma a modo de gabán, metía la cabecita somnolienta bajo el ala escarchada. Ya abrían la sucursal del Banco, marmolinas, rejas de cárcel de dinero, rótulos sobredorados. Y la tienda de Compra-Venta, con su matatías de gorra de visera, el bigote tajado, recto, a tijera, pateando los pies vestidos de zapatillas de orillo.

De la «Fábrica de churros» salía el señor Reveriano, el gusto del cazalla en el paladar, calorcillo casi doloroso en el estómago. Echábase hacia la acera para dejar paso a los carritos de los traperos, con su burro obtuso que alguna vez estallaba en sentimientos dramáticos, rebuzno de angustia atronadora.

—Parece que al Guadarrama le huele el aliento, señor Piernavieja, el rigor del invierno no se va, y ya es febrero.

—Sí que está la mañana arrugada.

Embozado, a Piernavieja le salía humo gris por las narices.

—¿Qué tal se ha dormido? ¿Siempre las preocupaciones? —Como no contestara, el señor Reveriano dió por di-

cha la respuesta: «He dormido, como siempre, muy mal»—. ¿Se arregla lo de la chica?

Pepito y la Manoli, corro con los perros, atendían a la conversación.

—Yo la he visto ayer con Joso, iban por los desmontes de ahí detrás, hacia la Dehesa de la Villa.

—No me seas acusona, que hace feo. Y a prepararse pa la expedición.

La «expedición» era cazar los perros bien acomodados, función del negocio. Los chicos se cambiaban en la casilla las botas por alpargatas. «Se corre mejor si vienen mal dadas». *Linda, Trosky* y el *Calcetines* refugiándose contra las piernas de su valedor. Apartados, los dos perros sin nombre no se atrevían a tomarse confianza: los otros tres les acometían por nuevos en el solar, por intrusos.

—Pues veré, señor Reveriano, eso de mi chica yo no sé qué arreglo puede tener, y es mi martirio, se lo juro, que sin él, viviría conforme. ¿De dónde voy a sacar el dinero para que se case? Lo menos hacen falta, lo he calculado, unas cinco mil pesetas. Trajes, un poquito de ajuar, ella quiere banquete en uno de los merenderos de la calle, para que no se diga; hay que vestir decentemente en una ceremonia así, sobre todo su madre, que pretende hasta mantilla; en fin, un dinerón, señor Reveriano. Es como pedirme la luna. ¿Qué gano yo en la librería? Nada. ¿Y con el carrito? Nada. Lo comido por lo servido, y eso, comiendo poco. No sé, no sé...

—Si fuese cosa para lo que uno tuviera posibles... Pero una boda con convidados de merendero... ¿Ha «hablao usted» con el de la Compra-Venta?

—¿Y qué voy a empeñarle? Lo único que tengo es años. No se moleste en rascarse el fósforo. Yo no hago más que pensar y no saco nada en limpio. Donde falte la dicha, sobra la diligencia.

V

La Manoli tiraba de la chaqueta a su padre:

—Ahí viene Joso, papá, que viene Joso.

—Bonitas horas de recogerse.

—Algún baile.

Joso estaba ante Piernavieja, ribeteados los ojos de sueño y alcohol, subido el cuello del gabán, señorito juerquista, el sombrero adormilado sobre la ceja.

—Buenos di o buenas nó, según, que tengo un hambre de sueño... No me mire usted así señor Reve, que cada cual trabaja a sus hó.

—No he dicho ni pío.

—Y me alegro de encontrarle a usted, mi futuro sué, porque nunca coincidimos. Iré a verle a vucencia hoy o mañana. Ya quedaré con Lauri. Todo tié su plazo, y hay que contar con que un dí u ó, hay que tirar pa lo ú o pa la ó, y que sea la definitiva. Ya me explicaré. Y ahora, agur, o como se dí.

—Que descanses de no hacer nada.

Se iba Joso, tropezaba en los adoquines salidos y hundidos, empedrado de boca de vieja.

—Parece un ultimátum.

Era llorona la cara del hombre escabullida dentro del embozo:

—Me veo venir el momento en que habrá que cortar por lo sá, como dice ese golfante. Y lo peor es que Laurita no ve más que por sus ojos.

—El chico es guapo, tiene una simpatía que arrolla, y su tío es lo que llaman un ricacho. Sola la tienda de electricidad vale... ¡qué sé yo! Y es sobrino único.

—Pero le ha echado de su casa tres veces, y a la tercera, la vencida. No quiere nada con el sobrino. Fachenda, chulería, timitos y vagancia.